



REVISTA DEL ÁREA DE CIENCIAS SOCIALES DEL CIFYH

ISSN 2618-4281 / Nº 12 - Año 2023 / revistas.unc.edu.ar/index.php/etcetera/

#ENSAYANDO

Saberes migrantes ante el albergue a la intemperie

Dr. Robert Mckee Irwin

rmirwin@ucdavis.edu

Departamento de Español y Portugués
Universidad de California
California – Estados Unidos

Mgtr. María José Gutiérrez

mjgutierrezj@ucdavis.edu

Departamento de Español y Portugués
Universidad de California
California – Estados Unidos

CORRECCIÓN LITERARIA

Amaya Andonaegui Rosell

Recibido: 6 de junio de 2023



Copyright © 2018 Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Resumen:

La migración que hoy en día se traslada por las rutas que se extienden de América Central a Estados Unidos, y por otros caminos precarios a través de las Américas, suele implicar una búsqueda de refugio por aquéllos que no encuentran protecciones adecuadas ante las inseguridades de su país natal. Los procesos contemporáneos de migración, que pueden extenderse por años sin resolución, implican para los migrantes una exposición prolongada a los peligros de la intemperie, mientras que el sueño de asilo (sea éste legal o informal) se vuelve casi inalcanzable. Las personas son expulsadas de sus países de origen y convertidas en migrantes, estando sujetas más adelante a exclusiones o deportaciones de los países en los que aspiran reasentarse. Las nociones de refugio, abrigo y asilo se vuelven casi sinónimos de desprotección, desamparo y descuido. Para los migrantes contemporáneos, la intemperie se ha vuelto ubicua, y la migración ha asumido como atributo ineludible, y acaso perpetuo, la precariedad. Este escenario lleva a situaciones que parecen ilógicas, en las que los migrantes mismos eligen la intemperie, pero que pueden también considerarse un reflejo de la racionalidad de actores sociales cuya agencia se debe interpretar desde las precariedades de sus vidas y las volatilidades de sus entornos. En las narrativas testimoniales de migrantes se observa que éstos se acomodan a las más extremas condiciones de desamparo por necesidad. Sin embargo, en otras ocasiones parecería que donde la autonomía de la migración más se afirma es en el albergue a la intemperie.

Palabras clave

Migración, Albergue, Intemperie, Refugiados

Abstract

The migration that today moves along the routes extending from Central America to the United States, and other precarious migrant trails across the Americas, generally represents a pursuit of refuge for those who unable to find adequate protections from the insecurities of their homeland. Contemporary processes of migration, that may go on unresolved for years, for these migrants likewise imply a prolonged exposure to the dangers of unsheltered spaces, and the dream of asylum (whether legal or informal) becomes virtually unreachable. People are expelled from their countries of origin and made into migrants, who later are subjected to exclusions or deportations from the countries in which they aspire to settle. Notions of refuge, cover, and asylum become nearly synonymous with vulnerability, neglect, and disregard. For contemporary migrants, lack of shelter is an ubiquitous condition, and migration has assumed an inevitable and perhaps perpetual attribute of precarity. This scenario leads to situations that seem illogical, in which migrants themselves choose to remain unsheltered, but that may also reflect the rationality of social actors whose agency must be interpreted via the precarities of their lives and the volatilities of their surroundings. In their testimonial narratives, migrants can be observed accommodating themselves to the extreme conditions of being left unsheltered out of need, but at other times it seems that where the autonomy of migration is best affirmed is in the shelter of the open air.

Keywords:

Migration, Shelter, Outdoors, Refugees



Saberes migrantes ante el albergue a la intemperie

ROBERT MCKEE IRWIN

MARÍA JOSÉ GUTIÉRREZ

Introducción

La migración que hoy en día se traslada por las rutas que se extienden de América Central a Estados Unidos, y por otros caminos precarios a través de las Américas, suele implicar una búsqueda de refugio por aquellos que no encuentran protecciones adecuadas ante las inseguridades de su país natal. Los procesos contemporáneos de migración, que pueden extenderse por años sin resolución, implican para los migrantes una exposición prolongada a los peligros de la intemperie, mientras que el sueño de asilo (sea éste legal o informal) se vuelve casi inalcanzable. Las personas son expulsadas de sus países de origen y convertidas en migrantes, estando sujetas más adelante a exclusiones o deportaciones de los países en los que aspiran reasentarse. Las nociones de refugio, abrigo y asilo se vuelven casi sinónimos de desprotección, desamparo y descuido. Para los migrantes contemporáneos, la intemperie se ha vuelto ubicua, y la migración ha asumido como atributo ineludible y, acaso perpetuo, la precariedad. Este escenario lleva a situaciones que parecen ilógicas, en las que los migrantes mismos eligen la intemperie. Sin embargo, esto puede también considerarse un reflejo de la racionalidad de actores sociales, cuya agencia se debe interpretar desde las precariedades de sus vidas y las volatilidades de sus entornos. En las narrativas testimoniales de migrantes se observa que éstos se acomodan a las más extremas condiciones del desamparo por necesidad. No obstante, en otras ocasiones parecería que donde la autonomía de la migración más se afirma es en el albergue a la intemperie.

Escena: Tijuana en pandemia

Una escena alarmante, según la estimación de varios proveedores de servicios para migrantes, fue el campamento que se erigió en el patio en frente de la garita fronteriza conocida en México como El Chaparral (su nombre en Estados Unidos es *PedWest*) en febrero de 2021. Para principios de abril de ese año, el campamento contaba con una población de más de mil personas, que consistía en migrantes de diversos perfiles demográficos. La mayoría provenía del triángulo norte de Centroamérica (Honduras, El Salvador y Guatemala), y habían llegado a Tijuana en diferentes momentos, principalmente durante la pandemia, aunque algunos habían llegado hasta un año y medio atrás. Una investigación sobre las condiciones en este sitio a principios de abril de 2021 concluyó que

[...] la situación es inquietante, en tanto que los migrantes están expuestos a las condiciones climáticas, no tienen acceso a agua corriente ni a instalaciones sanitarias adecuadas y, aunque han establecido sus propios protocolos de seguridad con el apoyo de algunas organizaciones [...], pueden ser vulnerables al acoso o a los asaltos de grupos criminales o de las autoridades gubernamentales mexicanas (Del Monte e Irwin, 2021: 5).

Para algunos observadores la situación constituía una paradoja, ya que a su parecer sí había espacio en los albergues para migrantes, por lo que nadie tenía que permanecer en la plaza, pero los migrantes habían elegido permanecer a la intemperie, durmiendo en casitas de campaña instaladas sobre un piso de concreto y asfalto en una zona conocida por una presencia inquietante de maras. Entonces ¿por qué estos migrantes buscaban albergue a la intemperie?

Aproximaciones a la intemperie desde la migración precaria

La psicóloga social Andrea Bonvillani (2017) sugiere que “pensar en la intemperie es una empresa ambivalente. Supone abandonar la seguridad de habitar territorios académicos conocidos, pero, al mismo tiempo, es una oportunidad para aventurarse a acompañar las luchas colectivas de aquellos que ilusionan otro

mundo (posible)” (p. 238). Mi método de reflexión, siguiendo esta línea, consiste en escuchar a los migrantes, pensar con los migrantes, tratar de aprender del saber migrante, un saber encarnado que proviene de la experiencia vivida de la migración. Desde 2016, coordino el proyecto *Humanizando la deportación*,¹ el que ha facilitado la producción de un gran archivo comunitario de narrativas digitales, cortometrajes testimoniales de migrantes que han querido compartir sus historias personales en un foro público. Este archivo ofrece la oportunidad para documentar las consecuencias humanas de las políticas actuales del control migratorio, sobre todo en Estados Unidos y México. No se trata de una investigación etnográfica ni una creación cinematográfica de las vidas de los migrantes. Más bien, el proyecto facilita la producción audiovisual de autoría y dirección de los migrantes mismos. *Humanizando la deportación*, cuyo archivo público ya cuenta con narrativas digitales de más de 350 diferentes migrantes, constituye un archivo de sentimientos, de emociones intensas, pero también un repositorio de saberes migrantes (Irwin, 2022). Para este texto recurro a esta fuente de narrativas digitales, además de un libro extraordinario escrito por un migrante haitiano.

Escena: el Darien Gap

El libro extraordinario es *Sobrevivientes: ciudadanos del mundo* del migrante haitiano Pascal Ustin Dubuisson (2018). Esta crónica de viaje cuenta sobre su migración desde Brasil, donde habían llegado muchos haitianos en busca de trabajo a partir del terremoto de 2010, hasta Tijuana, recorriendo un total de diez países, entre los que están Perú, Ecuador, Colombia, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Guatemala, y México. El capítulo más largo y espeluznante del libro es el que trata el pasaje por el temible Tapón del Darién, un terreno de pura selva, montañas y ríos, una topografía tan difícil en la que no existen vías y por la que no pasa ningún tipo de transporte, y donde, según la Organización Internacional para las Migraciones (s/f), en los últimos años han muerto cientos de migrantes.

¹ Ver: <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/>

En el Darién, los migrantes se acostumbran a dormir a la intemperie. Dubuisson recuerda que su primera noche en la selva llovió: “Fue muy trágico para nosotros porque no estábamos en un lugar protegido. Tratamos, en medida de lo posible, de cubrir a los niños que eran nuestra prioridad, los cubrimos con plásticos, mochilas, etc.” (2018: 38). Los migrantes haitianos se atemorizaban ante los ruidos de los animales: “Los sonidos eran tan, tan, pero tan fuertes, que supuse que eran leones, tigres, jaguares, monos araña, pumas, o bien, la entrada triunfal de una cobra” (2018: 43).

Al cruzar de Colombia a Panamá, en medio de la densa jungla, los migrantes encontraron “un refugio” (2018: 45). Inicialmente sintieron alivio, sobre todo cuando los soldados que vigilaban el espacio repartieron arroz y aceite. Sin embargo, Dubuisson recuerda que “no había donde dormir. Tú mismo tenías que llegar y hacer tu tienda de dormir sobre el piso húmedo y sobre las piedras. ¡Era atroz! Porque, además del clima frío, no podías esconderte de la lluvia” (2018: 48). Los migrantes se asustaban cuando los soldados empezaban a disparar al aire para ahuyentar a los animales. Dubuisson agrega que “tan pronto como se adentró la noche, llegó la lluvia, por lo que nadie podía dormir, ya que las tiendas que hicimos para refugiarnos eran de tela o manta y funcionaban solamente para cubrirnos del sol” (2018: 48).

La investigadora alemana Estela Schindel (2020) escribe sobre las dinámicas actuales de migración en varias partes del mundo: “Desiertos, mares e islas, así como la exposición a condiciones climáticas extremas y al desgaste fisiológico, forman parte de una política del aumento de riesgo: las personas en tránsito deben superar enormes distancias geográficas, obstáculos topográficos y la exposición prolongada a la intemperie” (p. 8) para llegar a sus destinos migratorios. Se podría argumentar que la escena que describe Dubuisson representa la imposibilidad de distinguir entre el albergue y la intemperie en la ruta migratoria. Si bien se puede suponer que los militares panameños les ofrecían a los haitianos algo de protección ante posibles ataques de bestias selváticas o pandillas criminales, este refugio los dejaba expuestos a los elementos climáticos y las condiciones inhóspitas de la naturaleza misma.

Asimismo, para los migrantes, el Darién no es sólo un segmento de la ruta: es una frontera que impide la migración, una fuerza tan hostil como la de cualquier

institución gubernamental de control migratorio. Las barreras estatales, criminales, así como climáticas y topográficas, se presentan una tras otra desde el inicio de la migración. El Darién representa un obstáculo infranqueable para los migrantes que lo tienen que cruzar y, al ser una barrera natural, se puede considerar la potencia más pavorosa de la intemperie que encuentran en su camino. Como señala Schindel (2020):

[...] los testimonios llaman la atención sobre la necesidad de incluir y pensar más precisamente el rol del espacio, de la exposición prolongada a la intemperie, y de la agencia de lo que llamaríamos factores “naturales” en la constelación de elementos que dan forma al régimen de fronteras (pp. 2-3).

La selva, las montañas, los ríos, las lluvias, el sol, los animales: las fuerzas más potentes y brutales de la intemperie, son componentes importantes de la frontera vertical que se extiende desde la frontera geopolítica entre Estados Unidos y México hasta el norte de Sudamérica. Argumenta Schindel (2020): “la geografía pura, las distancias, la exposición sin mediaciones a la fuerza cruda de los elementos, no son un dato previo sino el producto de una construcción política integrada al complejo ensamblaje del régimen de migración y fronteras” (p. 11).

Quizás solamente tras haberse expuesto a los caminos escabrosos, al desgaste físico, al hambre y la sed, a las corrientes de los ríos, a las tormentas brutales, al temor incesante, a las amenazas de animales salvajes, a las caídas y lesiones, a las enfermedades provocadas por tomar agua de río o por ser picado por insectos, a presenciar la muerte de compañeros migrantes o los restos de migrantes ya fallecidos, que se puede considerar como refugio al sitio donde pernoctaron Dubuisson y otros migrantes haitianos (a pesar de la falta de instalaciones).

Escena: las caravanas migrantes

Debido a los peligros que encuentran por toda la ruta migratoria, los migrantes han buscado diferentes modos de autoprotección. Las caravanas de migrantes que

empezaron a salir de Centroamérica a partir de octubre de 2018 se movieron con una insólita visibilidad dada por la atención mediática y política. La caravana ofrecía un “acompañamiento masivo”, representaba un nuevo dispositivo de seguridad (Torre Cantalapiedra y Mariscal Nava 2020; Varela y McLean 2019). Un migrante hondureño que fue parte de estas caravanas centroamericanas de 2018 cuenta una escena que le impactó mucho:

Cuando llegamos a Oaxaca hubo un percance, o sea un relajo a medianoche, que se habían robado unos niños y andaba la gente corriendo. Las personas que venían dirigiendo la caravana andaban en un estado de ebriedad, a lo mejor ellos venían pagados o algo, pero ellos sí andaban en dinero. Entonces allí tomé la decisión yo de dejar la caravana y venirme en tren (migrante hondureño, 2018).

La caravana no le inspiraba confianza, ni le ofrecía la protección que él esperaba. Entonces abandonó la caravana en busca de mayor seguridad:

Me vine en tren hasta el Distrito Federal a esperar la caravana. Y no avancé más porque me dio miedo que migración me detuviera y me regresara a mi país porque no venía en la caravana, porque me dijeron que seguir avanzando en el tren era más peligroso. Porque al llegar a Lechería había bastante delincuencia. Entonces me tuve que bajar en Apizaco, antes del DF y pedir jalón hasta llegar al DF para esperar la caravana (migrante hondureño, 2018).

La idea de la caravana como modo seguro de migración da por sentada que esta estuvo compuesta por migrantes honestos, refugiados “auténticos”. Pero si, como acusaba el activista pro-migrante Padre Alejandro Solalinde en una entrevista controvertida (grabada precisamente cuando estas caravanas pasaban por Oaxaca), había coyotes, maras y gente armada dentro de la caravana (Rosagel) –una imagen promulgada por políticos y medios de la derecha y negada o ignorada por los de la izquierda– la desconfianza de este migrante es comprensible.

El mismo migrante observa: “en el grupo en que veníamos venían personas infiltradas, malandros, gente que viene por molestar, y causarle principalmente más daño hacia nosotros, los que venimos en la caravana, que a los demás porque a nosotros ya nos ven con otros ojos” (2018). De esta forma, culpa por la mala

imagen de la caravana no a los medios o a los políticos, sino a los mismos caravaneros. De nuevo, las categorías se confunden: una caravana de refugiados también oculta a malandros y presenta un modo de migrar que promete la seguridad, pero que no la puede garantizar.

Los protocolos de protección a migrantes

Otro migrante de caravana, el hondureño Douglas Oviedo, explica que cruzó la frontera a finales de enero de 2019. Tuvo la mala suerte de ser admitido el mismo día de la inauguración de una nueva política para manejar las solicitudes de asilo de los migrantes centroamericanos y mexicanos, conocida como *Protocolos de Protección a Migrantes* [Migrant Protection Protocols o MPP por sus siglas en inglés] (Oviedo, 2019a). Bajo este sistema, se permitía que los solicitantes de asilo cruzaran la frontera sólo los días de sus audiencias en la corte. Al salir de la corte, los regresaban a México para esperar su próxima cita. Se supone que muchos buscan refugio en Estados Unidos por miedo a diferentes peligros en su país de origen, los cuales se extienden, y a veces, se intensifican en la ruta migratoria. Pero al esperar la protección que vendría con una decisión afirmativa en su petición de asilo, los migrantes tenían que pasar meses en México, viviendo en un sistema de albergues frágil e informal. La paradoja implícita en el nombre de este programa, quizás, no refleje un mero cinismo de parte de las autoridades estadounidenses, sino más bien el estado del arte del resguardo estatal: el propósito de proteger se realiza por una modalidad de desprotección. Si el “refugio” coloca a los migrantes en un campo enfangado a la intemperie, no sorprende que la “protección” consista en exponerlos a la violencia.

Oviedo, al aguantar ocho meses en el programa MPP, sí tuvo la suerte de obtener asilo en Estados Unidos en septiembre de 2019 (Oviedo, 2019b). La suerte del otro migrante hondureño, cuyas experiencias se citan más arriba, fue otra. Éste eligió no registrarse en la fila, sino que brincó el muro unos días después de grabar la primera entrega de su historia. En una segunda entrega cuenta que, en una entrevista con agentes estadounidenses, la que se suponía iba a evaluar la credibilidad del miedo que exhibía frente a la posibilidad de volver a su país, le

dijeron que no parecía ser víctima de delincuentes, sino que más bien “tenía cara de delincuente”. No sólo le negaron la posibilidad de solicitar asilo, intimidándole con gritos de “¡motherfucker!”, sino que, como él recuerda:

[...] se pusieron unos guantes y entre los tres –eran tres oficiales– me agarraron las manos, me las doblaron hacia atrás, y me pusieron las huellas allí en la deportación a la fuerza. Pues la deportación no está firmada, está con la huella (migrante hondureño, 2018).

Es decir, se autorizó su “remoción voluntaria” a pesar de su protesta. Sin evaluar la legalidad o la ética de las acciones de los agentes estadounidenses, se puede notar la falta de recursos de defensa de un migrante en un centro de detención migratoria. En este caso, el nombre del programa es apropiado por la imagen que promulga: las solicitantes de asilo que no han sido acusados, ni mucho menos han sido convictos por un crimen, presentan sus casos en una primera instancia no en la corte, o desde un albergue, sino en el ambiente carcelario de la “hielera”. Este migrante fue deportado primero desde Estados Unidos y después, al sentirse todavía en peligro en Honduras, y cruzar de nuevo a México (esta vez con su esposa), fue detenido y deportado por segunda vez, pero desde México.

Su esposa, sin embargo, tuvo otra experiencia. Después de la deportación de ambos de México a Honduras en la primavera de 2019, volvieron de nuevo a México y ese verano se mudaron a Monterrey, donde el esposo había encontrado empleo. Al estar tan cerca de la frontera, ella decidió cruzar sin saber sobre los *Protocolos de Protección al Migrante*. En su caso, le permitieron iniciar su proceso de solicitud de asilo, pero al hacerla retornar a México para esperar su primera audiencia en la corte, fue secuestrada. Cruzó por Reynosa, pero la hicieron regresar por Nuevo Laredo, donde “era otro cártel” el que controlaba la garita. Entonces “le pidieron la clave, y era otra”, y no la tenía. La historia de estos migrantes presenta varios giros más, aunque, en una entrega grabada en California en 2022, afirman que llegan a conseguir un momento de felicidad, por lo menos temporal, ya que efectivamente llegaron a Estados Unidos, aunque en circunstancias que no les garantizan un estatus legal. Sin embargo, por estar lejos del alcance de las maras de



Honduras, los cárteles de Nuevo Laredo, y el MPP, sienten alivio. Como él lo expresa: “aquí ya estamos un poco más tranquilos”.

La deportación para este migrante hondureño fue una amenaza constante durante todo este lapso de tres años y medio que cubren las tres entregas de su historia, y posiblemente seguirá vigente en su vida por muchos años más. Esta amenaza de deportación, igual que la deportación misma, forman parte de la misma dinámica de desamparo dilatado para los migrantes en la actualidad.

Escena: los caminantes venezolanos en las carreteras sudamericanas

Otro flujo altamente mediatizado ha sido la migración de los llamados “caminantes venezolanos”, que comenzaron a establecer rutas migratorias a países sudamericanos desde mediados del 2018. Comenzando desde Cúcuta, la frontera norte de Colombia, los caminantes recorrían cerca de 554 kilómetros a pie para llegar, en su mayoría, a Bogotá, aunque varios continuaban la ruta al sur hasta Ecuador, Perú o Chile (Centro de Derechos Humanos, 2021). El recorrido a pie por las carreteras sudamericanas supuso nuevos retos, al estar constantemente expuestos a la intemperie y a los climas variados de la región, por lo que el albergue y el cobijo adoptaron nuevas formas.

Pequeñas carpas, tiendas de víveres y casas residenciales comenzaron a funcionar como lugares de cobijo en las carreteras de Colombia. Estos espacios informales, autogestionados por la sociedad civil, llegaban a albergar a cientos de caminantes por varias noches o incluso algunas horas para proporcionarles una pausa en el caminar hacia el sur. En el imaginario social, los albergues no institucionales se concibieron como una amenaza para el orden público por fomentar condiciones de hacinamiento que podrían fomentar enfermedades, las que se les atribuía a los migrantes por venir de un país con un precario servicio de salud (Ordoñez y Ramos, 2018).

Uno de esos espacios de albergue es “La Garita” que se encuentra en la carretera que conecta Cúcuta con Bucaramanga, previo al cruce por la ruta más peligrosa de los caminantes: el Páramo de Berlín, un paraje gélido de cerca de 195 km, que expone a los migrantes a condiciones climáticas y geográficas extremas,

para las que no están preparados con ropa ni comida suficiente (Trotta, 2019). María José Gutiérrez realizó trabajo de campo en Cúcuta durante julio de 2019, y tuvo la oportunidad de hablar con varios migrantes venezolanos que recorrían las carreteras de esa ciudad y cuyas historias se citan en este apartado.

La Garita es una tienda de víveres a un costado de la carretera y pertenece a Marta, una mujer cucuteña de 52 años de edad que, al ver pasar por su ventana a los caminantes, decidió extender una carpa y situar unas mesas y sillas para proporcionar descanso y comida. Cada día, Marta recibe a varios caminantes que se quedan por varias horas y reciben comida y algo para aplacar el calor y la insolación. Su tienda es precaria, informal y está desprotegida, pero es para los caminantes el único “albergue” que los recibe sin preguntar a dónde van, ni quiénes son.

Pocos kilómetros antes de La Garita se encuentra una estación del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), una carpa de atención humanitaria que se instaló para atender al alto número de migrantes venezolanos que caminaban por esta zona (ACNUR, 2020). Suani, una migrante venezolana que viajaba tentativamente a Ecuador junto a dos de sus vecinos, prefirió refugiarse en La Garita de Marta y no en la estación de ACNUR. Esta última, aunque mejor preparada, “les pedía demasiada información” y “los demoraba para salir”. Para Suani, esto suponía un retraso en su viaje y demandaba información que muchas veces los migrantes no tenían, como documentos de identidad, a dónde se dirigían y contactos en Venezuela. Esto, según decía, podría “poner en evidencia” que habían cruzado de manera irregular la frontera colombiana y por rutas clandestinas.

Juan José, otro caminante venezolano, que tenía como destino Perú, llegó a La Garita con una herida en su pie sin haber recibido atención en la estación de ACNUR porque, como explicaba, él “no aplicaba para la ayuda humanitaria”. La estación de ACNUR atendía con prioridad a mujeres o familias con niños. Jóvenes, como Juan José, no eran considerados sujetos de cuidado, por lo que no le quedaba más remedio que albergarse en La Garita.

La Garita se convirtió en un espacio de cobijo en medio del desamparo de la carretera y el lugar donde los migrantes podían recibir comida y, muchas veces, algo de ropa para cruzar el Páramo de Berlín, independientemente de quiénes

fueran o a dónde iban. Sin embargo, la informalidad y la desprotección de La Garita exponían a los migrantes a otros riesgos. La Garita había sido asaltada ya un par de veces. La multitud de caminantes, que muchas veces se congregaba por la noche, hacía que este espacio fuera altamente visible y vulnerable a robos e incluso agresiones. Asimismo, el hecho de no saber quiénes llegaban a la Garita también había ocasionado que se hayan dado robos entre las mismas personas que allí se albergaban. A pesar de estar potencialmente expuestos a asaltos, muchos caminantes preferían quedarse en la Garita y no ir a otros albergues institucionales. Contar con un espacio de descanso en medio de la carretera era preferible a caminar a la intemperie bajo el sol por días seguidos o ser objeto de escrutinio institucional, lo que podría poner en riesgo sus planes migratorios.

Escena: El Bordo

Otra escena espectacularizada a principios de la década de 2010 fue la de la proliferación de campamentos de migrantes deportados en la canalización del Río Tijuana, en un segmento casi seco que cruza la frontera a Estados Unidos, justo al lado de la garita de El Chaparral. Se trataba de una “invasión” de migrantes indigentes, principalmente hombres deportados, que se acomodaban en alcantarillas, madrigueras, o pequeños jacales, conocidos localmente como “ñongos”, contruidos de manera improvisada con materiales encontrados. Este territorio bastante inhóspito, conocido como El Bordo, llegó a alojar a mil personas o más. Aunque muchos migrantes deportados se acomodaban en Tijuana –por ejemplo, por ser bilingües, muchos encuentran empleo en la industria de los call centers–, un segmento de esta población quedó desorientado por el desplazamiento forzoso e inesperado, y fue humillado por la estigmatización al ser vistos en México como posibles delincuentes, no logrando integrarse ni social ni económicamente. Para algunos, el trauma de la separación familiar producía repercusiones graves de salud mental o provocaba adicciones al alcohol o las drogas. Para los migrantes no preparados para reinventarse, el canal ofrecía una especie de comunidad y seguridad (Calvillo Vázquez, s/f).

Relata el migrante Nacho Davis (2017):

Yo llegué aquí al Bordo porque nos dijeron que aquí no pagábamos hotel ni nada, nomás nos hacíamos bolita y aquí podíamos estar. Yo no podía andar en el centro porque no tenía ninguna credencial, ni ningún documento conmigo. Porque yo llegué aquí y no traía nada más que un papel que era una deportación.

La falta de documentos, que solía tardarse en resolver, impedía las oportunidades laborales, y también invitaba al acoso por parte de la policía municipal, quien habitualmente detenía a gente que andaba sin rumbo por las calles cerca de la frontera donde pasaban los turistas, y quienes hacían compras en las tiendas de la zona comercial del centro. A pesar de la reputación que tenían los habitantes de El Bordo de ser criminales y adictos, según Davis, la demográfica del lugar mostraba perfiles más diversos:

Estábamos divididos en tres grupos: había el grupo uno, donde eran puros adictos, de esos que usaban heroína. Nomás ellos podían estar en esa área. Y había el área número dos, que era donde estaban los que les llaman “los tonayas”. Tonayán es un licor que venden aquí en Tijuana, que es muy barato. De hecho, una botella les costaba seis pesos. Es lo único que ellos podían comprar y era lo que ellos tomaban. Nosotros vivíamos en la sección tres, que es donde no teníamos ningún vicio, porque no tomábamos, no usábamos droga. Entonces nos dividían por esas opciones.

Lo que sí tenían en común es que la gran mayoría eran hombres deportados. Para sus residentes, El Bordo les ofrecía un espacio autónomo, seguro –por lo menos ante la amenaza de la policía–, y hasta informalmente organizado. Afirma Davis: “Aquí teníamos todo porque no podíamos salir al centro. Porque si salíamos al centro nos levantaba la policía. De hecho, la policía miraba que estábamos bien aquí nosotros, no golpeábamos a nadie, no hacíamos ningún daño”.

Otra vez se repite la paradoja: los migrantes deportados, en lugar de acomodarse en los albergues de la ciudad o rentar habitaciones propias, elegían vivir allí entre los chorritos de aguas negras, bajo las luces estridentes de la seguridad fronteriza, expuestos al frío del invierno, el calor del verano, y las lluvias

infrecuentes, pero a veces potentes. A diferencia de los haitianos, que unos años más tarde dormirían en el lodo, expuestos a los aguaceros tropicales del Darién, porque no tendrían otra opción, estos migrantes se negaban a buscar abrigo en los albergues, y elegían establecer su propio asentimiento de refugio colectivo a la intemperie.

De la victimización a la autonomía

Otro testimonio que ilumina sobre la situación de la vida callejera, enfatizando el elemento de agencia por parte de los migrantes retornados que acaban en la calle por elección propia, es el de José Luis Reyes (2018). “Una situación callejera tiene muchos factores porque [...] estás consciente de que no conoces a nadie, de que no hay amigos, no hay familia, no hay nada: simplemente eres tú y eres tú”, explica. Recuerdo el día que grabamos su historia. Reyes quería explicarme el miedo que sentía al pasar la noche en la calle, pero se interrumpió, insertando una perspectiva más matizada. Sigue Reyes:

15

Pues, estar en la calle también tiene sus riesgos, tiene su ventaja, pero tiene sus riesgos. La ventaja en el sentido de que en realidad no tienes ninguna responsabilidad. Pero pues yo cuando me quedo en la calle, he aprendido a estar despierto hasta donde puedo, que me vence el sueño, o si estoy, pues, bajo los efectos de una droga, estar con los ojos bien abiertos.

Su comentario sobre la libertad de la responsabilidad complica la idea de la calle o el canal como elección irracional de drogadictos antisociales. Podría representar también un desafío ante un sistema económico, político y social que ya ha hecho mucho daño a este sector de migrantes masculinos. Rechazar el cobijo de albergues tradicionales y buscar refugio a la intemperie puede ser una manifestación de lo que se ha llamado “la autonomía de la migración”, una voluntad que aspira a “la transformación activa del espacio” (Papadopoulos, Stephenson y Tsianos, 2008: 211).

El fenómeno social de El Bordo –y quizás el del campamento del Chaparral mencionado anteriormente– se inserta en un contexto de instituciones estatales hostiles que implementan programas que parecen proporcionarles albergue o protección a los migrantes, pero en realidad los dejan expuestos a la inseguridad o al peligro mortal. El albergue a la intemperie es la metáfora más acertada para reflejar la migración en nuestra época. Es más, la condición vulnerable de muchos migrantes es tal que, hasta sus propios intentos de protegerse de una clase de peligros, implica exponerse a otros. Sin embargo, al apropiarse los migrantes de estos espacios ambiguos entre el albergue y la intemperie, éstos pueden efectuar sus propios proyectos creativos, tomando en cuenta sus aprendizajes de vida y su saber migrante.

Ignacio Davis recuerda su tiempo viviendo en El Bordo con cierta nostalgia, quizás por este espíritu creativo, autónomo de la comunidad que se formó allí. Desafortunadamente, como documenta Ana Luisa Calvillo Vázquez (s/f), su comunidad autónoma fue desalojada en una serie de operativos de “limpieza” realizadas en marzo de 2015 que exhibieron “matices de desaparición forzada”. Este refugio a la intemperie resultó ser un fenómeno fugaz.

Coda: morir en el albergue

Concluimos con un último escenario. Se trata de la primera narrativa digital grabada por *Humanizando la deportación*. Gerardo Sánchez Pérez (2017), al ser deportado a Tijuana, tardó en empezar a ajustarse a su nueva vida. Tuvo que dormir unas noches en la calle, pero en el momento de grabar su historia, se había acomodado en un albergue llamado Aposento del Migrante. Sánchez había obtenido un lugar fijo para dormir como compensación por trabajar en este lugar, vigilando la puerta. El Aposento había pertenecido a Micaela Saucedo, una activista conocida localmente por sus colaboraciones con Elvira Arellano. Arellano, migrante indocumentada, se volvió famosa cuando se encerró en una iglesia que le ofrecía santuario en Chicago para evitar su deportación. Sin embargo, finalmente fue deportada a Tijuana donde, en colaboración con Saucedo, fundó un albergue para mujeres deportadas. Cuando Arellano volvió a Estados Unidos para solicitar

asilo, Saucedo siguió trabajando con los migrantes, sobre todo los más desamparados, fundando su propio albergue para hombres deportados (Florido, 2013). Con la muerte de Saucedo en 2013, parece que el sitio decayó. Muchos de los migrantes que se refugiaron allí en los siguientes años eran consumidores de drogas.

Una noche de octubre de 2017, llegaron dos extraños al local. Cuando Sánchez Pérez les abrió la puerta, empezaron a disparar, matando a cuatro personas que se hallaban en la recepción en ese momento, incluyendo al portero. Más tarde se reveló que este local ya era un punto conocido de narcomenudeo controlado por un grupo criminal, cuyos rivales llegaron buscando a dos hermanos que supervisaban la venta allí, pero que se escaparon por la azotea.

Sánchez Pérez no buscaba comunidad en la intemperie del Bordo, sino que prefería la seguridad de un albergue. Pero como ya se ha vuelto evidente, hay poca diferencia entre “albergue” e “intemperie” para los migrantes contemporáneos. A fin de cuentas este aposento le ofrecía cama, techo, baño y hasta trabajo, pero en lugar de ofrecerle protección lo expuso al peligro mortal.

Observaciones

El cinismo implícito en una política como los *Migrant Protection Protocols*, que emplea una retórica de protección al exponer a la gente por tiempos prolongados al peligro, no es excepcional entre los regímenes de control fronterizo de la actualidad, sino que se ha vuelto la norma. Los países de mayor privilegio van introduciendo nuevas tácticas, tecnologías y prácticas en intentos de sellar herméticamente sus fronteras para migrantes de perfiles demográficos no preferidos (gente pobre, gente racializada arbitrariamente con rasgos criminales), impulsando a que los flujos migratorios no autorizados –los que parecen no tomar en cuenta las políticas que pretenden impedir o disuadirlos– se desplacen a rutas y sitios más hostiles. Los migrantes terminan transitando por trayectos antes definidos como intransitables. En estas zonas más inhóspitas para los viajeros, como es la selva del Tapón del Darién, se puede mantener un espacio abierto de piedra y lodo bajo el cuidado militar y, al ofrecer una protección mínima contra

ataques de animales salvajes o pandillas armadas, ser considerado “albergue”, sin que los migrantes cuestionen esta denominación. Dormir a la intemperie bajo la lluvia torrencial se vuelve una forma de albergarse para los migrantes contemporáneos.

De igual manera, el peligro de la Bestia, el tren de la muerte, se evita al migrar en caravana, modo que, sin embargo, no incorpora procesos de selección para evitar la “infiltración” de elementos criminales. No obstante, la migración por caravana, que también implica dormir a la intemperie, se tiene que interpretar como una nueva forma de abrigarse en el camino. Los migrantes no dejan de concebir nuevas estrategias para llegar a sus destinos. Los saberes migrantes se actualizan con las condiciones actuales, los recursos disponibles, y las mejores maneras de evitar los obstáculos que se presentan en su camino. Los migrantes saben que, a veces, protegerse de una amenaza implica exponerse a otra.

El que los migrantes mismos se nieguen a registrarse en albergues, al apropiarse de espacios públicos en la frontera, estableciendo colonias autónomas (como fue el Bordo) o campamentos que protestan políticas que pretenden paralizar la migración (como el campamento en la entrada de la garrita del Chaparral en Tijuana durante la pandemia del Covid19), si bien se puede interpretar como una capitulación ante las hostilidades que les niegan abrigo, por otro lado se puede entender como una expresión de voluntad: una agencia que insiste en llamar la atención a la precariedad que viven los migrantes en la frontera. Esto puede reflejar el dominio de un contexto complejo de lucha en el cual no hay garantías, pero donde sigue habiendo esperanzas de éxito, donde la autonomía de la migración se mantiene como una fuerza de desafío a las jerarquías nacionales, económicas y raciales y las políticas de exclusión arbitraria. Salir de la clandestinidad a la intemperie ha sido una táctica asumida por los migrantes para visibilizar sus números, sus necesidades y su humanidad.

Lo triste es que en estos nuevos escenarios, en los que se vuelve casi imposible discernir diferencias entre el albergue y la intemperie, los migrantes pueden equivocarse, como fue el caso de Gerardo Sánchez Pérez, quien al elegir una opción que parecía garantizarle mayor seguridad, quedó indefenso ante fuerzas aniquiladoras que acabaron no sólo con sus esperanzas sino con su vida misma.

Obras citadas

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. (2020). *Situación en Venezuela*. ONU. <https://www.acnur.org/situacion-en-venezuela.html>

Bonvillani, A. (2017). Pensar en la intemperie: tensiones ontológicas-epistemológicas y metodológicas en la producción de la “subjetividad política”. *Quaderns de Psicologia*, vol. 19, núm. 3, pp. 229-240. Barcelona: UAB. <https://raco.cat/index.php/QuadernsPsicologia/article/view/331916>

Calvillo Vázquez, A. L. (en prensa). El desalojo de los residentes de El Bordo en Tijuana: una profilaxis social contra poblaciones precarizadas. En: Irwin, R. y Meneses, G. A. (eds.), *Humanizando la deportación: narrativas digitales desde las calles de Tijuana*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.

Centro de Derechos Humanos. (2021). *Caminantes de ida y vuelta. El flujo de caminantes venezolanos por el continente en tiempos de pandemia*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

Davis, I. (2017). Sobrevivir al Bordo. *Humanizando la deportación*, #20. <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2017/08/03/sobrevivir-al-bordo-parte-i/>

Del Monte, J. A. e Irwin, R. M. (2021). *Vulnerabilidad de personas migrantes en Tijuana a un año de la pandemia*. Tijuana: Colegio de la Frontera Norte.

Dubuisson, P. U. (2018). *Sobrevivientes: ciudadanos del mundo*. Tijuana: Ediciones ILCSA.

Florido, A. (8 de septiembre de 2013). Advocate for Tijuana deportees dies at 67. *KPBS*. Universidad Estatal de San Diego. <https://www.kpbs.org/news/border-immigration/2013/09/08/advocate-for-tijuana-deportees-dies-at-67>

Irwin, R. M. (ed.). (2022). *Migrant feelings, migrant knowledge: building a community archive*. Austin: University of Texas Press.

Migrante hondureño. (2022). Ya en el otro lado. *Humanizando la deportación*, #124d. <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2022/02/23/124d-ya-en-el-otro-lado-parte-iv/>

----- (2019). Después de la caravana. *Humanizando la deportación*, #124b: <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2019/05/28/166-despues-de-la-caravana/>

----- (2018). Desde la caravana. *Humanizando la deportación*, #124a. <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2018/11/21/124-desde-la-caravana/>

Organización Internacional para las Migraciones. (s/f). *Missing Migrants Project*. Suiza. <https://missingmigrants.iom.int/region/americas>. Consultado el 28 de enero de 2023.

Oviedo, D. (2019a). Historias de la caravana Parte III. *Humanizando la deportación*, #166c: <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2019/12/03/166c-historias-de-la-caravana-parte-iii/>

----- (2019b). Historias de la caravana Parte IV. *Humanizando la deportación*, #166d: <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2019/12/03/166d-historias-de-la-caravana-parte-iv/>

Ordoñez, J. T. y Ramírez Arcos, H. E. (2019). (Des)orden nacional: la construcción de la migración venezolana como una amenaza de salud y seguridad pública en Colombia. *Revista Ciencias de la Salud*, vol. 17, pp. 48-68. Colombia. <https://revistas.urosario.edu.co/xml/562/56260436004/html/index.html>

Papadopoulos, D., Stephenson, N. y Tsianos, V. (2008). *Escape routes: control and subversion in the 21st century*. Londres: Pluto Press.

Reyes, J. L. (2018). Un migrante: aventuras y advertencias desde las calles de Tijuana. *Humanizando la deportación*, #76: <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2018/09/17/76-un-migrante-aventuras-y-advertencias-desde-las-calles-de-tijuana/>

Rosagel, S. (23 de noviembre de 2018). El padre Solalinde advierte: ONG acarrea a traficantes de armas y de personas entre los migrantes. *sin embargo*. México. <https://www.sinembargo.mx/23-11-2018/3501913>

Sánchez Pérez, G. (2017). Cruelles deportaciones. *Humanizando la deportación*, #1: <http://humanizandoladeportacion.ucdavis.edu/es/2017/05/18/cruelles-deportaciones/>



Schindel, E. (2020). Desiertos, mares, islas: geografías de intemperie como espacios de desaparición en contextos migratorios. *Papeles del CEIC*, papel 228. País Vasco. <https://ojs.ehu.es/index.php/papelesCEIC/article/view/20909>

Torre Cantalapiedra, E. y Mariscal Nava, D. M. (2020). Batallando con la frontera: estrategias migratorias en tránsito de participantes en caravanas de migrantes. *Estudios Fronterizos*, vol. 21. México. <https://doi.org/10.21670/ref.2005047>

Trotta, T. (11 de marzo de 2019). Huir de Venezuela a Colombia con pies de plata. *Diario El País*. España. https://elpais.com/elpais/2019/03/03/planeta_futuro/1551628868_444378.html

Varela, A. y McLean, L. (2019). Caravanas de migrantes en México: nueva forma de autodefensa y transmigración. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, núm. 122, pp. 163-185. Barcelona. <https://doi.org/10.24241/rcai.2019.122.2.163>

Sobre los autores

ROBERT MCKEE IRWIN es Profesor en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California / Davis (Estados Unidos), donde también es Subdirector del *Global Migration Center*. Obtuvo su PhD en Literatura Comparada en la Universidad de Nueva York. Sus investigaciones tratan temas de migración y fronteras, masculinidades, y la historia cultural mexicana y mexicano-americana. Desde 2016, es Investigador Principal del proyecto *Humanizando la deportación*.

MARÍA JOSÉ GUTIÉRREZ es candidata para el PhD en Literaturas y Culturas Latinoamericanas con un énfasis designado en Teoría Feminista en la Universidad de California / Davis (Estados Unidos). Es integrante del colectivo *Corredores Migratorios*, donde ha publicado y colaborado con la *Escuela Popular en Derechos para la Movilidad Humana*. Sus áreas de interés son la migración ecuatoriana, los afectos, el género, y las humanidades digitales. Desde 2018 ha participado en el grupo de investigación *Humanizando la deportación*.